

La oráculo*

Pablo Andrés Castro Henao**

Sus labios son capaces de sellar el futuro de los corazones rotos. En sus manos tiene el poder de escrutar los eventos del pasado y del futuro. Sabe, como ninguna, entrar en los ojos de los desconocidos para sacar sus más intrigantes secretos. A cada una de sus preguntas, a cada una de sus afirmaciones, el consultante responde con un gesto de sorpresa que difícilmente puede disimularse cuando sus propios ojos se clavan certeros sobre una visión. El humo del tabaco se le introduce en los pulmones para arrojarla a los trances donde ve lo que no todos los ojos pueden observar.

Ámbar tiene su consultorio en una casa del occidente de la ciudad. Allá la buscan antiguos visitantes: contactos,

amigas y amigos que ha ido ganando —a veces perdiendo— con el pasar de los años. También la buscan nuevos consultantes: hombres y mujeres de variadas edades que acuden con el deseo de resolver sus penas. Algunos son remitidos por viejos conocidos, otros arriban siguiendo las migajas del rastro abandonado en anuncios de periódico, en volantes entregados en estratégicos rincones de la ciudad.

Se levanta con el pensamiento claro de que será visitada. Busca a tientas las pantuflas con los pies, mientras, con los ojos cerrados, inunda su cuerpo con la energía transparente tomada del aire que la rodea. Camina hacia la ventana y agarra una visión de los cielos. Tranquila, lee las nubes o su ausencia, escruta la intensidad de la luz del sol, repasa los rastros dejados por la luna en la huida de la noche. Camina a la cocina y prepara una tizana. Se da un baño en el que recorre su cuerpo de cincuenta y cuatro años con las uñas pintadas de verde. Se escruta sus formas y las bendice, a sabiendas de que otros las han maldecido.

* Este cuento pertenece a la colección *Diversos espejos*, ganador del concurso “Semana de la diversidad: por el reconocimiento de las prácticas culturales y artísticas de las personas de los sectores LGBTI”, en la categoría de Expresiones Literarias. El concurso fue adelantado por la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte de la Alcaldía Mayor de Bogotá en 2013.

** Estudiante de séptimo semestre de Estudios Literarios en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana. Correo-e: [umitakol@gmail.com].

Escoge con parsimonia las prendas que habrá de vestir. Repasa con las yemas de los dedos la tesitura de las sedas con las cuales envolverá su figura. Se prueba una y otra pañoleta, intercambia las faldas hasta que alcanza la combinación que la satisface. Por último se prueba los aretes y los collares, las pulseras de cuarzos y piedras que captan especiales tipos de energía. Repara poco en los zapatos, a menos que vaya a salir; generalmente prefiere usar las pantuflas que le permiten tener los pies relajados para las largas jornadas de trabajo.

Come frugalmente, enciende la radio y se pierde en los diales de la amplitud modulada, buscando aquellas emisiones que nutran sus estudios sobre las piedras, las cartas y las videnicias. En ocasiones escucha noticias, hasta que uno de sus libros le roba la atención; entonces repasa las palabras que le han explicado los órdenes espirituales que pueden atravesarse con la guía del cordón de oro, o aquellas con las que aprendió la geomancia.

A las nueve comienza el desfile. Primero llega doña Concha con su perfume de violetas y sus habituales consultas. “Dígame, mijita, ¿es verdad que mi hija va a volver con ese descañado?”, pregunta bajando la voz como si estuviera en la casa de quien motiva sus consultas. Calmadamente, Ámbar echa las cartas y le responde su inquietud, sin perder la oportunidad para

darle un par de consejos adicionales: “Mire, Conchita, que las cartas le están señalando que se está perdiendo de otras cosas por andar tan preocupada por su hija; salga de viaje, visite esas amigas tuyas que la están esperando en Antioquia”. Doña Concha abre los ojos asustada y pide repetir la consulta, hasta que Ámbar no le insiste más.

Al recuperar la soledad, Ámbar se sienta a ver la televisión. Se abanica calmadamente hasta que suena el teléfono. La consultante de las cuatro llama para cancelar su cita y pregunta si puede ser recibida, en el mismo horario, el día siguiente. Con agilidad, la vidente revisa las citas que anota en su agenda de bordes dorados y, luego de tachar la cita cancelada, la transcribe en la página siguiente.

A eso de las once suena el timbre. La noche anterior le había llamado un hombre angustiado que le rogó por una cita. Ámbar, amante de las causas difíciles, accedió sin saber exactamente el tipo de consulta que habría de atender. Soñó con el consultante. Lo vio, de pie, con su traje de corbata y su mirada insegura, clavada en el suelo. Luego ella se enredó en otros sueños y le perdió el rastro a la imagen vislumbrada.

Al abrir la puerta encuentra la imagen de su sueño. El hombre no habla; actúa como si no se percatara de que la puerta ha sido abierta. Sin duda

trae una dura inquietud que no le deja tranquilo. “Buen día”, dice Ámbar queriendo llamar su atención. El hombre levanta la mirada un poco sorprendido y se queda nuevamente inmóvil. El efecto ya no es una sorpresa para Ámbar: día tras día, año tras año, ha afrontado esa mirada de confusión de la gente al ver sus rasgos fuertes en el rostro, enmarcados en su decidida imagen de mujer.

Él se sobrepone y, en vez de salir corriendo, le devuelve a Ámbar el saludo. Ella lo invita a pasar y le ofrece una aromática: tal es el estado de turbación visible en su rostro que Ámbar no duda en darle agua de valeriana con yerbabuena. El consultante la bebe completamente en silencio, casi en un par de sorbos. Ámbar guarda la distancia; revisa detalladamente su presencia, tratando de intuir a qué se debe su consulta.

Mientras ella se fija en el cuidado puesto en su vestimenta, el desconocido se levanta de súbito y piensa en salir. Ámbar no intenta detenerlo. El hombre está decidido a no hacerle perder el tiempo. Se excusa por su nerviosismo y se sienta de nuevo en la sala. El único sonido que se percibe es el del tenue volumen de la emisora que Ámbar escucha casi todo el día. “Cuénteme, ¿en qué le puedo ayudar?”, comienza por decirle al visitante.

Luego de estrechar una mano contra la otra en sucesivas ocasiones, él deja

salir sus palabras. Le indica que está al borde de tomar una decisión que puede complicar su vida y la de su familia, y que se encuentra buscando consejo, pues no desea tomar la decisión de manera precipitada. Ámbar asiente luego de escuchar su relato y le ofrece una taza más de aromática, con la esperanza de brindarle tranquilidad.

Cuando él termina de beber, nuevamente en silencio, caminan hacia la habitación que ella tiene dispuesta para las consultas. Allí hay una mesa de madera con dos sillas, rodeado todo de decoraciones místicas que rayan en la representación de elementos oscuros, enigmáticos, de difícil comprensión para los no iniciados.

Se sientan y Ámbar enciende una vara de incienso. El hombre huye de su mirada y ella se mantiene firme en cada uno de sus movimientos. Saca las cartas de una caja de madera y le pide al consultante que la baraje despreocupadamente. A medida que se hacen las preguntas, ella va develando el alma de aquel individuo. Primero ve que es una persona dotada de una altísima sensibilidad, que pone en primer lugar el deber y la familia que su propio bienestar. Luego encuentra que hay un secreto que no le deja tranquilo y que, seguramente, la decisión a consultar beneficia más su espíritu que a la estabilidad de su familia y de los suyos.

Ámbar, quien es demasiado discreta, no quiere ahondar en un primer momento en dicho secreto. Se conforma con expresarle a su consultante lo que ve sobre sus cualidades y el panorama benéfico en el que se encuentra, pues hay una certera prosperidad y seres que le desean el bien. Cuando él está listo, pregunta sobre su decisión: desea saber qué ocurrirá si toma la opción que tiene ante sí y que le mantiene constantemente preocupado.

Ella, diligentemente, toma las cartas que él despliega sobre la mesa tras la pregunta. Las revisa en silencio y poco a poco explica: “Efectivamente, todos los cambios en la vida implican el reacomodamiento, lo cual conduce a la pérdida de múltiples seguridades, a transformaciones, en nuestros entornos y en las relaciones con los otros, que nos duelen, que nos cuestan. Así, las cartas hablan de un dolor inevitable, profundo, capaz de desestabilizarlo todo”. Pero Ámbar también ve que hay un renacimiento, que tras esos dolores viene una vida nueva en la que él tendrá la plena satisfacción de estar atendiendo a su bienestar, algo que, sin duda, su papel en el mundo le exige.

El rostro del hombre se transforma y adquiere una rigidez de completa preocupación. Definitivamente, la decisión le está costando demasiado y el panorama develado por Ámbar se le hace agreste y desolador. Ella ve en el

resultado de la cuestión una marcada figura de mujer, relacionada con el secreto encontrado en el desarrollo de la consulta. Sospecha que puede tratarse de un amorío que él ha encontrado fuera de su sólido matrimonio, lo cual pone en duda toda su moralidad y su sosiego. No obstante, ella tiene cierta intuición que le hace considerar la posibilidad de encontrar algo más profundo en la cuestión.

Como las respuestas de Ámbar han sido tan desoladoras, el hombre desea tener más detalles. Pregunta cómo afectará aquello a su familia, cómo le afectará en el trabajo, cómo le afectará a él: “¿Estaré tomando la decisión correcta?”, es lo último que pregunta. La tarotista despliega su mirada sobre las cartas barajadas y ve un fuerte afecto que no habrá de disolverse: “Su esposa en verdad lo ama; sin duda, ella entenderá su decisión. En cuanto al trabajo, veo que usted es próspero, aunque podría encontrar, probablemente, un espacio en el que se sentirá mucho mejor; podríamos consultar esto en detalle después. Con respecto a su posición, veo cartas muy positivas: es como si la muerte que esta decisión representara le fuese a sanar la vida, como si fuese a ser curado de un dolor que ni usted mismo se ha atrevido a reconocer que siente”.

El hombre prorrumpe en llanto. Desconsolado, sujeta su rostro con ambas manos, mientras expresa una y otra vez:

“No sé qué hacer, no sé qué hacer”. Calmadamente, con la experiencia de muchos años, Ámbar le extiende pañuelos y le pone una mano sobre el hombro, expresándole que le tiene como apoyo y que puede hablar tranquilamente con ella. Entonces él abre sus últimas cartas: “¿Cómo pudo hacerlo usted?”. Ella, extrañada por la pregunta no sabe qué responder: “¿Hacer qué?”. Tras varios segundos de llanto y de duda, él lo dice: “¿Cómo pudo aceptar que dentro de usted habitaba la maravillosa mujer que veo? ¿Cómo pudo tomar una decisión que puede acarrear la muerte en vida?”. Entonces Ámbar entiende que la mujer del secreto no es una amante, sino el propio consultante: arde en su interior la llama de ser honesto con su cuerpo, con su vida y, al mismo tiempo, la imposibilidad de conseguirlo.

La pregunta propicia el silencio. Ámbar se ve sumergida en un torrente de recuerdos que la remontan muchos años en el pasado, cuando ella misma estuvo en la situación de aquel hombre, cuando tuvo que decidir entre el bienestar de sus amados y el propio, cuando decidió morir una vida para renacer, prácticamente reencarnar. Suspira, contrae los párpados y le responde: “Verá, en mi caso no tenía las cosas que he visto en su vida; ni mi familia me era tan cercana, ni mi vida laboral tan exitosa. Sin embargo, sentía esa incómoda llama de un secreto en el pecho, un secreto que daba gri-

tos en mi interior y que no deseaba escuchar, ni dejar que nadie escuchara. Por ese dolor vivía profundamente infeliz; caí en la trampa de mentir y de mentirme todo el tiempo. Busqué soluciones. Pensaba que si me entregaba a la fe religiosa habría de superar lo que, en ese entonces, veía como un sucio deseo. Pensaba que la psicología habría de encontrar la explicación para desatar ese nudo horrendo de mi cabeza. Pensaba que si le contaba a alguien hallaría consejos para ser normal, como se debe. Pensaba que si conseguía un camino intermedio, en el que pudiese vivir mi secreto en *secreto* podría ser feliz sin lastimar a nadie. Y ese engaño, pues me engañaba a mí misma, me duró incontables días de sufrimiento. Hasta el día en que no pude soportarlo más, hasta que no quise soportarlo más. Entonces me bastó con salir a la calle arriesgando mi vestimenta ordinaria de hombre y renací como una mujer. Desde ese día, no pude dejar de sentir el fuego de mi liberación y supe que para hacer felices a los demás, primero debía hacerme feliz a mí misma”.

Las palabras de Ámbar forjan el silencio. El consultante tiembla en su asiento, consumido por los nervios y la impotencia de su estado. Así que ella continúa: “Si bien la gente acude al tarrot y a los oráculos pensando que allí verán con claridad el futuro, estos solo brindan opciones, posibilidades de la

vida. Todas las posibilidades se cifran únicamente cuando hay decisiones. No debe creerse, tampoco, que las decisiones son tomadas solo por uno y que los demás las sufren o las gozan: nuestras decisiones se atan a las de otros y eso es inevitable. Lo que es evitable es que las decisiones propias se subordinen a las de los demás: ninguna felicidad puede descender de mantener siempre semejante comportamiento”.

Esta vez el silencio es más breve y el consultante lo rompe: “Me temo que es una decisión tomada. Todos los argumentos que me ha dicho, los he repasado sucesivamente y a solas en mi cabeza. Vine aquí con la esperanza de escuchar algo diferente. Supongo que conoce el estado de aguardar que las cosas sean de un modo diferente. Ahora debo reunir la fuerza que me falta. Espero encontrarla”. Ámbar sonrío y dice unas últimas palabras sobre la cuestión: “La encontrará. Y en el camino todos los obstáculos se le opondrán, pero al final se sumergirá en su propia felicidad. Se lo garantizo”.

El hombre agradece la consulta. Se levanta y se dispone para salir. Ella suspira con el pensamiento del rostro transformado del hombre: primero

ha asistido a su profunda desesperanza, ahora le ve con el radiante aspecto de alguien que vislumbra el final de sus tormentos. Tras acordar el pago de la consulta y decir un par de palabras sobre una mata que se encuentra junto a la entrada, y otras sobre el estado del clima, el hombre hace una petición: “Discúlpeme, pero, ¿podría darle una última mirada?”. Ámbar, comprendiendo a medias la situación, se yergue y posa lo más bella que puede. Él le da una mirada, suspira y se llena de emoción mientras dice: “¡Qué mujer más bella! Espero lucir con la mitad del brillo que usted despliega”.

Cuando la puerta se cierra, Ámbar va a la cocina, donde bebe una taza de la aromática que bulle casi de manera constante en su hogar. Ve la hora, atiende vagamente los sonidos del radio y se contrae sobre sus recuerdos, suspirando. Se seca el par de lágrimas que se le alcanzan a escurrir y va a atender el teléfono. Del otro lado, una mujer solicita su consulta, indicándole que doña Concha la recomienda. Cuando Ámbar pregunta su nombre para anotarlo en la agenda, comprende que es la hija de su más asidua consultante.